

Roma, 20 de junio de 2025

Prot. nº 925/2025

Asunto: Mensaje para el Día Mundial del Refugiado

*"No se trata solo del migrante o del refugiado. También se trata de nuestro miedo.
El miedo nos priva del deseo y de la capacidad de encontrar al otro,
de construir los puentes necesarios."*

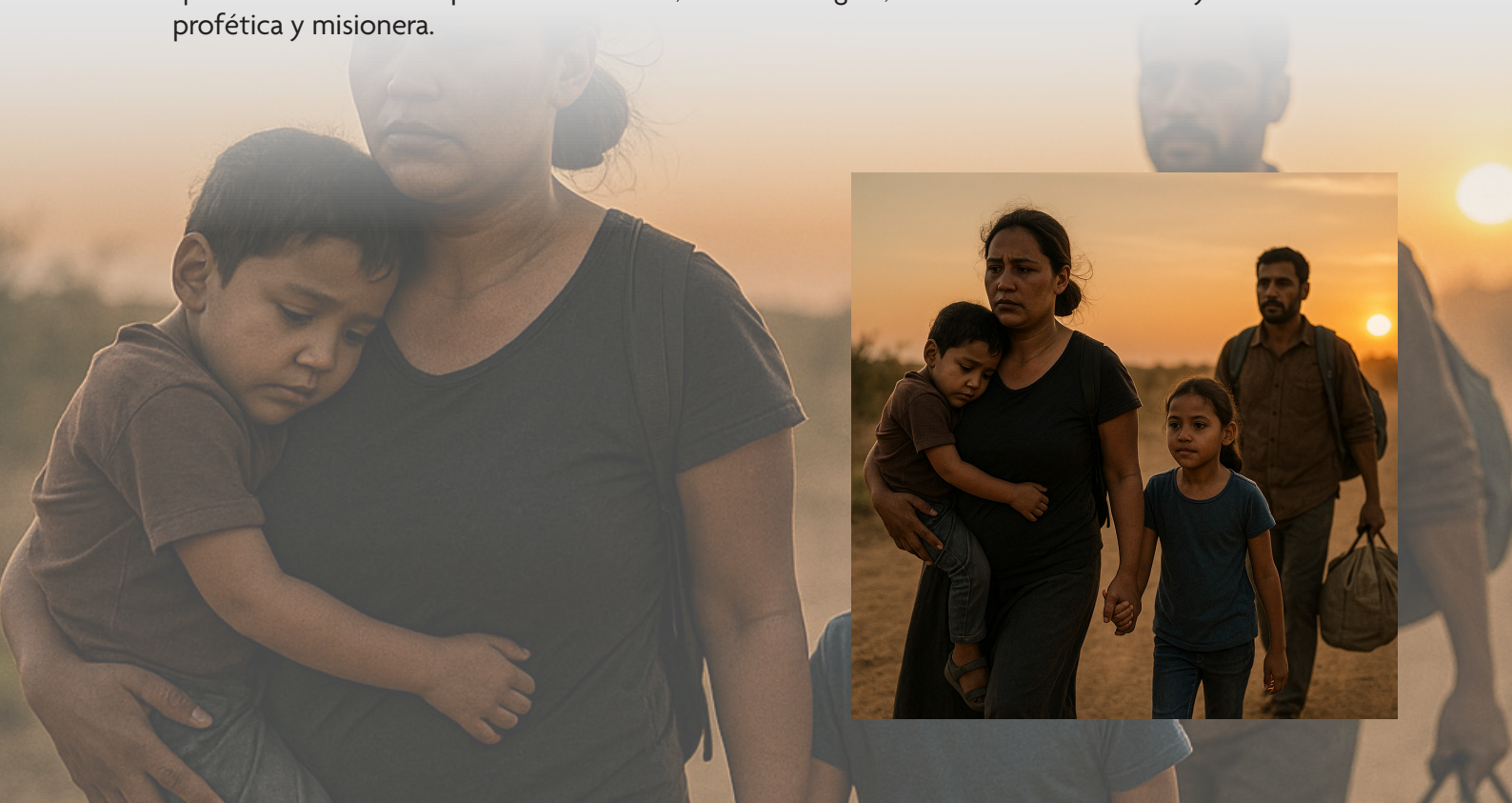
(Papa Francisco, 2019)

Queridas Hermanas, Formandas y Laicos Scalabrinianos,

En este Día Mundial del Refugiado, nuestros corazones se dirigen, con sentimientos de compasión y compromiso, hacia los millones de hombres, mujeres y niños que hoy se ven obligados a abandonar sus hogares, sus tierras y sus historias en busca de seguridad, dignidad y paz.

En 2025, el drama del refugio adquiere contornos aún más urgentes. Conflictos prolongados y nuevos focos de guerra —como en Ucrania, Gaza, Sudán y tantas otras regiones olvidadas por los medios de comunicación— han generado olas continuas de desplazamiento. Familias enteras enfrentan jornadas de dolor, incertidumbre y abandono. Niños crecen en campos de refugiados sin acceso pleno a la educación. Mujeres se convierten en blancos fáciles de la violencia y la explotación. Jóvenes pierden su horizonte de futuro. Y muchos, demasiados, pierden la vida en el camino.

Ante este escenario de sufrimiento global, marcado por un preocupante aumento de la indiferencia, el cierre y la desinformación, somos convocados, como Familia Scalabriniana, a ofrecer lo más precioso que tenemos: nuestra presencia solidaria, nuestra acogida, nuestra escucha atenta y nuestra acción profética y misionera.



El carisma scalabriniano, recibido de la Iglesia y heredado de la sensibilidad evangélica de San Juan Bautista Scalabrini, nos desafía a ir más allá de la simple asistencia; nos llama a ser puente y presencia viva en las fronteras geográficas, culturales y existenciales. En cada persona obligada a migrar, somos invitados a reconocer la presencia de Cristo que llama a nuestra puerta pidiendo no solo acogida material sino, sobre todo, reconocimiento, dignidad y comunión en la diversidad.

Celebrar este día, por lo tanto, no es solo recordar una fecha en el calendario. Es reafirmar nuestra vocación de ser señal del Reino en medio de las realidades y contextos actuales, con sus desafíos y esperanzas. Es hacer visible el rostro humano presente en las estadísticas, es ver al migrante como persona, una riqueza para todos. Es luchar por políticas públicas más humanas y solidarias. Es abrir espacios de escucha, sanación y reintegración. Es, sobre todo, reconocer que cada migrante forzado lleva consigo un grito de esperanza, un llamado a que el mundo vuelva a ser hogar para todos.

A todos ustedes, hermanas, formandas, laicas y laicos, que en tantas realidades y culturas dan testimonio con valentía y ternura del Evangelio encarnado en la realidad de la movilidad humana y difunden aprecio por la persona migrante, nuestro profundo reconocimiento. Que vuestros pasos sigan firmes, sostenidos por la fe, la esperanza y el amor.

Sigamos en comunión en una actitud de salida permanente, con y por los refugiados, para que ninguno de ellos se sienta invisible, descartado o solo. Que la fuerza del Resucitado nos inspire a ser instrumentos de reconciliación, constructores de puentes y profetas de un mundo donde la fraternidad universal sea real y concreta.

Encomendémonos a la intercesión de quienes nos precedieron en el amor y el servicio: San Juan Bautista Scalabrini, padre de los migrantes y apóstol de la caridad pastoral; la beata Assunta Marchetti, madre de los huérfanos migrantes y mujer de compasión encarnada, y el venerable Padre José Marchetti, joven misionero que dio la vida por los más pobres y olvidados. Que ellos intercedan por nosotros y nos ayuden a permanecer fieles al llamado de ser Evangelio vivo junto a los migrantes y refugiados de nuestro tiempo.

En comunión de oraciones.

Hna. Neusa de Fátima Mariano, mscs
Hna. Neusa de Fátima Mariano, mscs
Superiora General, Consejeras y Secretaria General

